

---

---

## Don Quijote en *Tiempo de silencio*

---

---

El presente trabajo puede considerarse como parte de una investigación más amplia sobre la tradición literaria, particularmente hispánica, en *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos. *Tiempo de silencio* es una obra sumamente densa que el autor ha querido ligar de una manera consciente a una serie de escritores con los que se siente identificado. En *Tiempo de silencio*, además de Homero y de Joyce, están presentes Cervantes, Fr. Luis de León, Góngora, Baroja, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, entre otros. Si la intervención de tales autores se limitara a una alusión, a una paráfrasis, a una parodia o a una simple cita, no tendría sentido señalar su presencia, pero es que esos precedentes literarios —y, en algunos casos pictóricos, Goya, por ejemplo— desempeñan una función primordial en la técnica narrativa, estilo, incluso, estructura de la obra. Y uno de estos casos es indudablemente el de Cervantes.

En una encuesta que se le hizo a Luis Martín-Santos en Barcelona, en enero de 1964, dijo que su obra tenía «un sentido claramente destructivo»<sup>1</sup>. Y en otra encuesta, a la pregunta: «¿Qué corrientes o escuelas ve en la producción novelística de hoy en España?...», contestó: «En España hay una escuela realista un tanto pedestre y comprometida, que es la que da el tono. Tendrá que alcanzar un mayor contenido si quiere escapar a una repetición monótona y sin interés...»<sup>2</sup>. Y en efecto, Luis Martín-Santos pretendía destruir o renovar, entre otras cosas<sup>3</sup>, la novela inmediatamente anterior, debido a que esa literatura, en la manera de tratar el tema social y en su estilo, había llegado a un anquilosamiento extremo.

Julián Palley, en su ensayo «El Periplo de Don Pedro. *Tiempo de silencio*», Prueba que esta novela «muestra profundas resonancias míticas y fuertes recuerdos tanto de la *Odisea* como del *Ulises* de James Joyce. Es, en efecto —agrega—, el esfuerzo más logrado en la novela española, de seguir las huellas de Joyce»<sup>4</sup>. José Ortega, por su parte, hace un excelente trabajo de literatura comparada sobre el «absurdo español» en *Tiempo de silencio* y en *Luces de bohemia* de Valle-Inclán<sup>5</sup>.

Tanto en uno como en otro caso las semejanzas son evidentes: en el primero se de-

---

<sup>1</sup> JOSÉ MARÍA CASTELLET: «Tiempo de destrucción para la literatura española», en *Imagen*, I (15 de julio de 1968), pág. 28.

<sup>2</sup> JANET WINECOFF DÍAZ: «Luis Martín-Santos and the Contemporary Spanish Novel», *Hispania*, II (1968), pág. 237.

<sup>3</sup> No debemos pasar por alto que a Luis Martín-Santos le preocupaban no sólo los problemas estéticos, sino también, como a Cervantes, Quevedo, Feijoo, Larra, la Generación del 98, etc., la problemática social española.

<sup>4</sup> *Apud.* RODOLFO CARDONA (ed.): *Novelistas españolas de postguerra*, I; Madrid, Taurus, 1970, pág. 167.

<sup>5</sup> JOSÉ ORTEGA: «'Luces de bohemia' y 'Tiempo de silencio': dos concepciones del absurdo español,» en *Cuadernos Hispanoamericanos* (noviembre de 1976), 317, págs. 1-19.

ben casi siempre a influencia: en el segundo, quizá se trate más bien de una afinidad temática y estilística en cuanto a que ambas versan sobre una realidad «absurda», presentan de una manera grotesca una odisea nocturna por la ciudad de Madrid, y rechazan «todo intimismo deshumanizante que suponga una dimensión de la realidad»<sup>6</sup>.

Estos son los dos únicos trabajos que conozco destinados a estudiar la influencia o semejanza literarias existentes en *Tiempo de silencio*. Y digo literarias porque se han escrito algunos otros estudios cuyo objeto ha sido el de tratar aspectos filosóficos, particularmente existencialistas<sup>7</sup>.

La huella de *Don Quijote*, como obra y como personaje, ha sido notada por casi todos los críticos que se han ocupado de *Tiempo de silencio*, y no podía ser de otro modo dada su evidencia. Sin embargo, que yo sepa, no existe hasta el momento ningún trabajo cuyo tema central sea estudiar las relaciones entre estas dos obras.

Janet Winecoff Díaz, en la segunda de las citadas encuestas, dice que a la pregunta «cuáles eran sus lecturas predilectas y novelas favoritas?», Luis Martín-Santos contestó de una manera categórica: «Novela: Stendhal, Cervantes, T. Mann, los anglosajones..., *Ulises* de Joyce; *Don Quijote*; *Rojo y Negro*...»<sup>8</sup>. Como se puede ver, *Don Quijote* y Cervantes ocupan uno de los primeros lugares.

Al hablar de *Don Quijote* en *Tiempo de silencio* no pretendo hacer solamente un estudio de fuentes, sino, sobre todo, hacer una serie de observaciones que más bien podrían incluirse dentro de un estudio de literatura comparada. No quisiera, pues, caer en el error de condicionar la novela de Luis Martín-Santos a pasajes o actitudes de los personajes de Cervantes, como le ocurrió, a mi entender, a Julián Palley al compararla con el *Ulises*<sup>9</sup>. La influencia del *Ulises* es innegable pero no en todos los pasajes que quiere este investigador, porque si bien es cierto que la «acción, los lugares y los personajes, son vistos metafóricamente, a través de unas gafas marítimas»<sup>10</sup> y tanto en el *Ulises* como en *Tiempo de silencio* el leitmotiv de la metempsicosis o transformación es uno de los centrales»<sup>11</sup>, también es cierto que en el *Quijote* hay transformación, hay «realismo dialéctico» y nos encontramos con el motivo del «viaje» o «camino».

*Tiempo de silencio* es una novela itinerante —como la novela de caballería, como el *Quijote*—, y al mismo tiempo, para emplear la terminología de W. Kayser, una novela «de espacio». La acción de *Tiempo de silencio* la constituyen una serie de viajes o «salidas» entre los que hay que destacar fundamentalmente los siguientes<sup>12</sup>: el viaje que hace don Pedro y su compañero Amador hacia el mundo de las chabolas; la odisea noctur-

<sup>6</sup> Ibid., pág. 6.

<sup>7</sup> Entre otros, Gemma Roberts: *Temas existencialistas en la novela española de postguerra*; Madrid, Gredos, 1973, págs. 129-203; SHERMAN H. EOFF, y JOSÉ SCHRAIBMAN: «Dos noveles del absurdo: *L'Etranger* y *Tiempo de silencio*» en *Papeles de Son Armadans*, CLXVII, (1969), págs. 213-239.

<sup>8</sup> JANET WINECOFF DÍAZ: *Op. cit.*, pág. 237.

<sup>9</sup> *Cfr. op. cit.*, págs. 167-183.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, pág. 168.

<sup>11</sup> *Cfr. op. cit.*, pág. 169.

<sup>12</sup> Quiero aclarar que empleo las palabras «viaje» ó «salida» en un sentido bastante alto. El desplazamiento del centro de la ciudad de Madrid a su periferia lo considero como un «viaje»; pero no es que esté subjetivamente ampliando o metonimizando el significado de la acción de trasladarse, sino que es el mismo autor quien emplea las palabras «viaje», «periplo», «odisea», etc., y concibe y describe siempre los desplazamientos de Pedro como grandes recorridos.

na durante un «sábado elástico que se prolongaba en la madrugada del domingo contagiándolo de su sustancia sabática»<sup>13</sup>; la reclusión en la cárcel; y el viaje que emprende el protagonista desde la estación de Príncipe Pío para perderse finalmente en la oscura y desconocida provincia española<sup>14</sup>.

Veamos en primer término las semejanzas en lo que respecta a las líneas más generales de ambas novelas.

Don Pedro, ocupado en hacer un estudio sobre el cáncer, se ve en la necesidad de suspender su investigación a causa de que se la ha agotado una determinada y única cepa de ratones enviados desde Illinois. Amador, su ayudante, le informa que el Muecas, pariente suyo y habitante de las chabolas, tiene algunos de estos ejemplares, producto de otros que había robado en el laboratorio con el objeto de venderlos en el momento en el que se acabaran.

El viaje a las chabolas de inicia con la siguiente descripción:

¡Oh qué felices se las prometían los dos compañeros de trabajo al iniciar su marcha hacia las legendarias chabolas y campos de cunicultura y ratología del Muecas! ¡Oh qué compenetrados y amigos se agitaban por entre las hordas matritenses el investigador y el mozo ajenos a toda diferencia social entre sus respectivos orígenes, diferentes a toda discrepancia de cultura que intentara impedirles la conversación, ignorantes de la extrañeza que producían entre los que apreciaban sus diferentes cataduras y atuendos! Porque a ambos les unía un proyecto común y los dos tenían el mismo interés —aunque por distintas razones— en la posible existencia de auténticos ratones descendientes de la estirpe selecta portadora hereditaria de cánceres espontáneos...<sup>15</sup>.

Todo el que haya leído el *Quijote* recordará, sin duda alguna, el comienzo de cualquiera de las tres salidas de Don Quijote o su primer monólogo en donde se complace en imaginar la manera cómo comenzará la narración de sus aventuras algún sabio historiador. Efectivamente, Luis Martín-Santos imita y parafrasea el estilo de Cervantes al destacar desde el principio las siluetas de don Pedro y Amador, no sobre los campos de Montiel sino sobre los «campos de cunicultura y ratología del Muecas». La afinidad entre este texto y la prosa cervantiana se debe no solamente a la semejanza circunstancial en que se encuentran los personajes, sino también a esa alusión deliberada a la «compenetración» y «amistad» que une a Don Pedro y a Amador. Compenetración que en el caso de Don Quijote y Sancho ha sido explicada mediante el doble proceso de «sanchificación» y «quijotización»<sup>16</sup>; sin embargo, no debe olvidarse que, como lo ha hecho notar Joaquín Casalduero, la diferencia entre estos dos personajes cervantinos es más de cantidad que de cualidad: «Caballero y escudero ni se oponen entre sí ni se complementan uno a otro. Son de la misma índole, con una diferencia de proporción»<sup>17</sup>. Pero además, no debemos de pasar por alto en el texto de Luis Martín-Santos

<sup>13</sup> *Tiempo de silencio*; Barcelona, Seix Barral, 1971, pág. 10..

<sup>14</sup> No voy a estudiar cada uno de estos viajes o salidas ni a explicar la manera de cómo se relacionan unos con otros, debido a que mi objetivo no es determinar la estructura o ensamblaje de la novela. Voy a referirme solamente a aquellos en los que se nota la huella de Cervantes y en particular del *Quijote*.

<sup>15</sup> *Tiempo de silencio*, pág. 25.

<sup>16</sup> Cfr. DÁMASO ALONSO: «Sancho-Quijote; Sancho-Sancho» en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*; Madrid, Gredos, 1962, págs. 9-19.

<sup>17</sup> JOAQUÍN CASALDUERO: *Sentido y forma del Quijote*; Madrid, Insula, 1970, pág. 73.

la presencia de una serie de arcaísmos como «conversación», cuya significación no se limita al significado actual de «charla» o «diálogo», sino que se extiende al más general y arcaico de «trato», «amistad», etc., y que es el sentido que trata de exhumar Luis Martín-Santos para acercar más el estilo de este párrafo al del español del siglo XVII. Quizá pudiera creerse que el sentido arcaico de «conversación» fuera puramente casual, pero en este párrafo también encontramos palabras como «apreciar» (en el sentido de «mirar»), «catadura», «atuendo»; y, poco más adelante, se nos dice que «acertó todavía a percibir Amador rastros poco precisos pero inequívocos de las protecciones afectivo-viscerales que en aquella casa recibía su investigador señor»<sup>18</sup>, en donde el participio presente no puede más que recordarnos el de «andante».

En algunos otros párrafos la huella de *Don Quijote* en *Tiempo de silencio* se observa en el giro sintáctico, en el ritmo de la frase y evidentemente en el tema y las actitudes de los personajes. Después de describir la mañana y de hacer algunas consideraciones físico-sociológicas sobre los vestidos de algunos «viandantes», el narrador agrega:

Esto iba meditando don Pedro sin comunicar tales pensamientos a Amador que quizá no hubiera podido elevarse a la consideración de tales leyes cromático-geográficas, sino que hubiera sugerido más simplemente el consumo de adecuados líquidos reparadores de la fatiga en cualquiera de las numerosas tabernas que se abrían invitadoras a su paso a través del paisaje urbano<sup>19</sup>.

Al acabar de leer estas palabras en nuestra mente la archiconocida imagen del Sancho glotón y aficionado al vino del que encontramos no pocas muestras a lo largo del *Quijote*. Y mientras Amador-Sancho piensa en el vino, Don Pedro-Don Quijote sueña no en «los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer»<sup>20</sup>, sino en la «posibilidad apenas sospechada, apenas intuible»<sup>21</sup> de que por lo menos una de las dos hijas del Muecas, que eran las que hacían posible la supervivencia y la reproducción de los ratones con el calor de sus cuerpos, hubiera adquirido «un cáncer inguinoaxilar totalmente impropio de su edad y nunca visto en la especie humana que demostrara la posibilidad —¡al fin!— de una transmisión virósica...»<sup>22</sup>. Y «Amador maldecía la dirección de la marcha que hacía tanto menos probable la fatiga del reflexionante y con ella la entrada en alguna de las tabernas...»<sup>23</sup>. Y será precisamente Amador, como Sancho Panza

---

<sup>18</sup> La utilización de los participios presentes como «investigante», «yacente», «conquistante», «refrescante», «regurgitante», «amansante», «durmiente», «rulante», etc., es una inequívoca muestra de cómo Luis Martín-Santos intenta revitalizar el idioma español rescatando de la utilización latinizante y barroca esta expresiva y hermosa fórmula idiomática a la que tan afecto fue el siglo XV y el siglo XVII, particularmente. En cuanto a su utilización del participio presente, a principios del siglo XX, habría que señalar la obra de Valle-Inclán, ese otro gran esteta del lenguaje y de la técnica narrativa, cuya labor marca también otro hito dentro de la renovación estilística del español.

<sup>19</sup> *Tiempo de silencio*, pág. 29.

<sup>20</sup> Primera Parte, Cap. II. Todas las citas del *Quijote* están tomadas de la edición de Francisco Rodríguez Marín, publicada en la Colección Clásicos Castellanos, 8 volúmenes; Madrid, Espasa Calpe. De hoy en adelante sólo indicaré Primera Parte o Segunda Parte con su respectivo capítulo.

<sup>21</sup> *Tiempo de silencio*, pág. 29.

<sup>22</sup> *Idem*.

<sup>23</sup> *Ibid.*, págs. 29-30.